

Ruth Hernández Ríos

El Nuevo Día



“Al garete”

Gracias, buenos días, cómo está, por favor y con permiso son palabras que no existen en su vocabulario cotidiano. España les suena, si acaso, a tortilla española; de China, apenas comentan que está muy lejos; y de Italia, que se come mucha pizza. Si se les pregunta, seguramente desconocen la atrocidad que hace poco protagonizó Beslán, Rusia, donde cientos de niños murieron a manos de un grupo de terroristas ¡insólito!, pero también están desconectados del acontecer mundial.

De política ni hablar. Es como si les mencionaran la peste bubónica. De hecho, desconocen la procedencia de esta frase. El que los oye justifica su vagancia crítica aludiendo a la causal de inmadurez y se limita a decir que “los jóvenes de ahora no son como los de antes”.

¿En qué momento cambiaron? ¿Qué les hizo convertirse en seres apáticos, indiferentes y, en algunos casos, huecos? Que conste, no son todos, pero sí un gran número.

Entre ellos y yo no hay una gran brecha generacional. Sin embargo, siento que miles de años luz nos separan. Todos los días estoy en contacto con ellos. Imparto clases desde hace más de tres años. No cambio el aula por una oficina con acondicionador de aire, que en este caso tendría el efecto de convertirme en presa de papeles. Prefiero seguir asistiendo a mi salón con la idea utópica, o no, de pretender transformar ese pensamiento amorfo en uno analítico y de profundidad. Después de todo, como yo les digo a mis estudiantes, “ustedes serán mi competencia mañana; yo no quiero que un ser mediocre sea mi compañero de trabajo”. Además, siento que es mi responsabilidad aportar positivamente a la formación de ese ser humano.

Estos chicos cambiaron el rock, el merengue y la salsa por el rap y el reggaetón. No leen, desconocen el significado de la palabra líder y están inmersos en un abismo espiritual. Su estado emocional los traiciona a menudo. Un porcentaje mayor de ellos, en comparación con otros momentos de la historia, son propensos al suicidio. ¡Se deprimen con tal frecuencia!

Su diccionario es muy singular. Viste, chilín, estás pasao, así como cookies o guerlas (para llamar a las muchachas), son algunas de las expresiones que suelen acompañarlos en su diario vivir. Su jerga no se limita a conversaciones entre amigos, sino que cohabita con ellos en el aula, en actividades

sociales y en gestiones formales. Pareciera ser un síndrome extraño del que no se tiene escapatoria y con el que tendrían que convivir por el resto de sus días.

Asimismo, para parte de este sector la vida significa confrontación, así como eterna juventud y lozanía. No tienen un personaje favorito ni una persona a la que admirar, y su mesa de noche seguramente extraña y pide a gritos un buen libro. Sí, esos que alimentan el conocimiento y despiertan el análisis. Esos que también nos dan herramientas y nos lubrican el motor del cuerpo: el cerebro.

Este perfil seguramente tardó algún tiempo en conformarse, no brotó de la noche a la mañana. ¿Cuál pudo haber sido la fórmula que degeneró en este resultado? ¿Cuáles fueron sus ingredientes activos? ¿Fue un experimento de laboratorio malogrado? ¿Quiénes manejaban las probetas? ¿Tienen algo que ver en esto?

Soy de las que piensa que la educación empieza en casa, se desarrolla en un entorno mucho más amplio y se establece como rutina y norma de vida a partir de lo que cada uno busca para sí. Aunque parezca trillado, tú eres lo que quieres ser. Tú eliges cómo actuar, aunque tus experiencias y marco de referencia influyan en determinados momentos o siempre. Hijo de panadero no tiene por qué amasar pan, como retoño de ejecutivo no tiene la obligación de atarse a los negocios. En este sentido, la desventaja social, los traumas, los problemas y las desavenencias no tienen por qué ser cíclicos o hereditarios.

Los líderes tampoco han sabido ganarse el respeto y la admiración de los jóvenes. Además, muchos los incitan con modelos poco sanos a obrar de determinada forma. Ningún efecto positivo pueden tener las decenas de casos de corrupción bajo la gobernación de Pedro Rosselló. Como tampoco creo que lo tenga la propuesta de Aníbal Acevedo Vilá para pagarles a los jóvenes con tal de que no sean víctimas de la deserción escolar. ¿De qué

estamos hablando? De fomentar el soborno y la dejadez social, por un lado; y la política del manteo y la dependencia, por el otro. Propuestas vagas han dominado el espectro político por mucho tiempo. Lo triste es que con esto el que se perjudica es el pueblo, que en lugar de encontrar alternativas y respuestas a sus achaques y malestares consigue irterrogantes y líderes que a costa de todo lo que buscan es llegar al poder. Servir no es su lema, sino ser servidos.

Criticamos a la juventud, pero no tenemos la capacidad de entender que ella es el resultado de los que antes estuvieron. La cosecha está ahí. Para que la próxima no presente los mismos síntomas, tenemos que cambiar “la técnica agrícola y el abono”. Si nuestra juventud está al garete, todos estamos al garete.

rhemandez@elnuevodia.com



Ana Lydia Vega

Escritora



El jaleo del perreo

El debate que se ha formado en torno al fenómeno musical llamado "perreo" ha vuelto a encender la bombilla fundida del entusiasmo nacional. Entre tanto escándalo público y tanta tragedia privada, a lo mejor nos estaba haciendo falta.

Por un breve y bienvenido instante, el limbo del olvido se ha tragado el tirijala del status, el pozo séptico de la corrupción y las respectivas macacoas de los partidos. Perrear o no perrear: he ahí por fin un dilema de envergadura para rellenar el insondable vacío emocional que nos dejan, cuatrienio tras cuatrienio, las victorias electoras y los fracasos plebiscitarios.

El término "perreo" no es de cuño reciente. Durante la década del sesenta se aplicaba a aquellos boleros brilladores de hebillas cabalgados sobre el muslo aventurero del parejo. Tampoco se trata de una flamante invención coreográfica del tercer milenio. Los bailes criollos han sabido siempre consagrar el protagonismo absoluto del trasero, ese ídolo indiscutible del erotismo antillano.

Desde los zafios escuines nalgatorios de nuestras célebres lumbas hasta los modestos amagos característicos de nuestras estrellas globalizadas, el remeño sensual sigue siendo una de las claves esenciales del danzar boricua. Asombra por lo tanto, el furor moralista que han

desatado las más recientes manifestaciones de esa tendencia ancestral. ¡Ni que hubieran regresado los tiempos del interdicto eclesiástico a los bombés de los esclavos!

El alboroto por la creciente popularidad del perreo no se limita a sus movimientos. También se encuentran bajo fuego las imágenes de sus videos y las letras de sus canciones. No cabe duda: ni las unas ni las otras brillan por su ternura. Algunas son de un mal gusto ejemplar, de una crudeza tan torpe como siniestra. El mundillo que les sirve de inspiración es a menudo el de la narco delincuencia. Los personajes -bichotes y gatilleros de embuste- viven la *dolce vita* dentro de un gallinero de chicas succulentas. Nada muy original, por cierto. Billetes, ropa, carros, vicios y mujeres: los cinco jinetes del apocalipsis consumista; el evangelio de la felicidad según MTV; los sacrosantos ideales que blanquean, perfuman y glamorizan, para la pantalla chica, las agencias de publicidad.

El espejo combo que nos tienden estos minisinetes filmicos se deleita en el reflejo de lo grotesco. Por eso irritan y espantan. Absurda resultaría, sin embargo, la expectativa de una visión beatífica de la existencia. La sociedad allí representada sume sus raíces parásitas en el lado oscuro de nuestras realidades. La calle es tan dura como la casa. Los enemigos más temibles de un niño

pueden ser sus propios padres. La escuela es el purgatorio del aburrimiento. Las fantasías están a la venta y a la orden en el punto más cercano.

A primera vista, los hombres parecen arrogarse el papel de héroes de la película. Hablan y manotean sin cesar, ponen cara de malos y se agarran cada dos segundos los testículos. Bien mirado el asunto, terminan por adquirir un cierto aire patético. La pantomima permanente del guapo de barrio los reduce a la caricatura. Sólo les queda el simulacro de poder, la retórica hueca del "fronteo".

Las mujeres, por su parte, se entregan sin pudor al frenesí del cuerpo. Ajenas a los aspavientos del macho de la especie, practican una especie de terrorismo sexual adóscuficiente. Mientras ellos rapean, ellas perrean. La parodia inconsciente de la masculinidad y la feminidad sabotea, en alguna medida, la glorificación de los roles convencionales.

Gústenos o no, asústenos o no, la cultura del perreo empuja con rabia su sordida "verdad" contra lo que se percibe como la falsa moralidad ambiental. La tentación de culpar a la juventud por los pecados de los adultos se hace cada vez más irresistible. La pobreza, la desigualdad y la adicción no fueron inventadas por los raperos. El maltrato crónico embota la sensibilidad. La educación mediocre estrangula la imaginación. Carencias tan profundas no se despacharán con cursos para la enseñanza de "valores".

El desprestigio de las figuras de autoridad -padres, políticos, curas, maestros- ha fragilizado el sentido de comunidad. Los resentimientos se han enfurruñado y las soledades se han vuelto abismales. Abandonados a sus propios recursos, los muchachos buscan métodos alternos de comunicar sus obsesiones y obviar sus limitaciones.

Por lo pronto, los rigores de la censura no se perfilan como remedio universal. Se necesitan más y mejores vías de expresión artística. A pesar de sus dificultades de estilo y contenido, hay en estos videos una energía vital y una creatividad potencial rescatables. Ofrecer apoyo y crítica constructiva no tiene por qué sonar a inquisición ni oler a paternalismo.

En cuanto al contoneo impenitente del perreo, se recomienda ejercitar la memoria. Tan lejos están ya los años de la revolución hormonal que ni siquiera somos capaces de recordarlos?

